

NOVENA A SANTIAGO APÓSTOL
Catedral de Santiago de Compostela
21 julio de 2016

Agradezco al Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela y al Obispo Auxiliar la invitación que me han hecho para participar en la predicación de la Novena del apóstol Santiago en esta Santa Iglesia Catedral compostelana. Es un signo de comunión entre las iglesias que peregrinan en Astorga y aquí en Santiago y entre los obispos, sucesores de los apóstoles en el Colegio Episcopal. ¡Qué el apóstol Santiago nos estimule con su testimonio martirial a dar nuestra vida por el Señor y por los hermanos todos los días de nuestra vida!

Acabamos de escuchar el evangelio de San Mateo en el que Jesús les dice a sus discípulos que a ellos “se les concedió conocer los secretos del Reino” y los felicita por ello diciendo: “Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.” (Mt 13, 17) Jesús alaba la actitud positiva de los discípulos para acoger y aceptar su predicación que tenía como núcleo central el Reino de Dios.

Entre los discípulos que oyeron estas palabras halagadoras de Jesús estaba el apóstol Santiago. Los ojos y los oídos del apóstol Santiago fueron dichosos porque vieron y oyeron cómo el Señor desvelaba el plan que Dios Padre había proyectado realizar en Cristo cuando llegase la plenitud de los tiempos (Ef 1, 9-10). Jesús desveló el plan salvífico de Dios y los misterios del Reino utilizando las parábolas para que todos lo pudieran comprender. A sus discípulos les explica, a parte y pormenorizadamente, el significado de las parábolas y los secretos del Reino de Dios. Sólo a ellos porque son los que tienen una actitud abierta para escuchar y acoger la Palabra y hacerla vida en su vida. Los milagros que realiza el Señor manifiestan y explicitan la misteriosa presencia del Reino de Dios en este mundo y en esta historia en la persona de Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

La actitud de los discípulos contrasta con la de los judíos y el resto de la gente que estaban “embotados” y ni ven ni oyen ni entienden lo que Jesús dice acerca del Reino de Dios. Por eso dice el

Señor, citando al profeta Isaías, que: “Son duros de oído, han cerrado los ojos para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para yo les cure” (Mt. 13, 15)

El apóstol Santiago, a quien Jesús había llamado cuando estaba junto al lado repasando las redes con su padre y su hermano Juan, no era capaz de entender que la gente rechazara la buena noticia que Jesús predicaba sobre el Reino de Dios. No entendía su ofuscación y el rechazo a Jesús. Lucas nos cuenta cómo Santiago y su hermano Juan se contrariaron tanto al ver que los samaritanos se oponían al paso de Jesús camino de Jerusalén, que le pidieron al Señor permiso para destruirlos con fuego bajado del cielo. El Señor no les concedió el permiso sino que les regañó por su forma de reaccionar tan drástica y agresiva.

Esta actitud extrema de Santiago y de su hermano Juan refleja la pasión con la que los dos hermanos seguían al Señor. Por eso el Señor los llamaba siempre aparte, junto con el apóstol Pedro, para que lo acompañaran en dos momentos importantes: en la trasfiguración y en la oración del Huerto de los olivos. Esta intimidad con el Señor durante su vida terrenal les hizo ser considerados después de la resurrección como columnas de la Iglesia naciente de Jerusalén.

Hermanos: El seguimiento de Jesús, ayer, hoy siempre implica pasión por el Reino de Dios hasta entregar la vida. Así es. La persona que descubre en su vida la llamada del Señor para ser su discípulo, se entrega a Él sin reservas. A lo largo de estos dos mil años de historia de la fe cristiana han sido muchos los santos que nos dejaron un testimonio hermoso sobre el seguimiento de Cristo con pasión y con ardor interior en el corazón, comenzando por el testimonio del propio Santiago.

El rechazo del evangelio por el embotamiento de la mente y del corazón de las personas ha sido también una constante en la historia de la evangelización. Santiago y los demás apóstoles experimentaron cómo la gente no atendía y ni entendían lo que decían. A pesar de esta oposición ellos insistían “a tiempo y a destiempo”; se “hacían todo a todos para ganar algunos.” Y ganaban a muchos para Jesús y para el evangelio.

El rechazo a Jesucristo y al evangelio está cobrando dimensiones inesperadas en nuestro contexto social y cultural. Las doctrinas y

filosofías ateas de los llamados “maestros de la sospecha” de finales del siglo XIX y principios del siglo XX han ido calando en la mentalidad de la gente y han embotado la mente y el corazón de muchas personas de buena fe. Llevados por un ambiente arreligioso y secularista, algunos bautizados son arrastrados por la fuerza de la increencia y viven ya sin ninguna referencia a Jesús y al evangelio. Han cambiado la pasión por Dios a la pasión por las cosas y los ídolos de este mundo. Junto a estos hermanos, por quienes debemos pedir al Señor constantemente la gracia de la conversión, nos encontramos también otras personas que ni conocen al Señor ni lo quieren conocer.

Ante esta situación que, incluso, se da en el seno de nuestras familias, no podemos adoptar una actitud violenta como la de Santiago y Juan contra los samaritanos porque Jesús la rechazó. No. No es por el camino de la violencia o de la imposición el que debemos seguir para anunciar el evangelio. Entonces ¿cómo debemos actuar para atraer hacia Jesús a los que rechazan la fe cristiana y el Reino de Dios? En el testimonio del apóstol Santiago tenemos la respuesta: Dar testimonio de nuestra fe apasionadamente hasta el punto de entregar nuestra vida por amor a Cristo y a su Reino.

El Papa Francisco decía en la primera Encíclica titulada *Lumen fidei*: “La convicción de una fe que hace grande y plena la vida, centrada en Cristo y en la fuerza de su gracia, animaba la misión de los primeros cristianos... Para aquellos cristianos, la fe, en cuanto encuentro con el Dios vivo manifestado en Cristo, era una « madre », porque los daba a luz, engendraba en ellos la vida divina, una nueva experiencia, una visión luminosa de la existencia por la que estaban dispuestos a dar testimonio público hasta el final.” (LF 5) El testimonio de fe de los apóstoles, de los primeros cristianos, de los mártires y de los santos dispuso la mente y el corazón de muchos para abrazar la fe con la ayuda de la gracia de Dios. La respuesta a la increencia y al rechazo de Dios es mostrar pasión por nuestra fe cristiana vivida con humildad y razonada en la verdad. Salgamos de la tibieza y de la ignorancia tomando la determinación de hablar de Dios sin complejos, amar a los demás como Dios los ama y dando razón de nuestra esperanza a quien nos lo pida.

La Virgen María consoló al apóstol Santiago a orillas del río Ebro porque, según la tradición, el pueblo hispano rechazaba el evangelio que predicaba. Acudamos a la Virgen, madre de todos los hombres,

para poner en sus manos a tantas personas que consciente o inconscientemente rechazan la fe o la viven con tibieza; sin una verdadera y auténtica pasión.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga